

PRESENTACION

El hechizo porteño

Hay ciudades que, además de ser características, tienen carácter. Así es Valparaíso, que al cumplir 450 años de existencia ha revivido su trayectoria con significativos homenajes. Es difícil agregar algo a lo mucho que se ha escrito acerca de este puerto que, en algunos aspectos, se parece a todos los puertos del mundo y que, no obstante, es distinto a todos ellos. Por eso, hemos preferido reunir en una pequeña antología algunos trabajos inéditos y lo que nuestros poetas y escritores han dicho en diversas épocas, fascinados por el original paisaje urbano y el embriagador entorno marítimo, también motivos de inspiración de pintores chilenos y extranjeros.

La belleza del lugar encantó a Juan de Saavedra, el primer español que avistó sus playas. Los cronistas le atribuyen palabras representativas de su asombro: "una tierra quise yo; las razones, señores, son mías. Era algo tan hermoso como esto. Aquello se llamaba Valparaíso. Valparaíso se llamará también esto". De ese modo trasplantó emocionalmente sus raíces ibéricas mientras esperaba al Santiaguillo, el pequeño barco que traía pertrechos para Diego de Almagro y sus soldados. Tal cosa sucedió un día no precisado de 1536.

Lentamente Valparaíso fue adquiriendo formas poblacionales en el período colonial hasta constituirse en organización urbana al

advenir la República independiente. Desde entonces ha sido faro para proyectar esa luz que resplandece en la literatura y en el arte. "Valparaíso es una ciudad literaria. No tanto porque en ella se escriba mucho, si no porque se puede escribir y se escribe mucho de ella". Así se expresaba el diplomático Eduardo Toda Oliva, en el ABC de Madrid, en 1958. Y André Siegfried, notable economista y sociólogo francés, cedió igualmente a su embrujo y escribió: "Uno se lo pregunta, porque ya no sabe dónde se encuentra: ¿Es mediterráneo, tropical, occidental u oriental? Hay algo de Gibraltar, algo de Italia; pero, al fin de cuentas, ¿dónde podría calificarse este "bric à brac", cuyo desorden romántico y desusado no parece, sin embargo, tan extraño frente a la majestad del Pacífico?". Y Joaquín Edwards Bello entrega una explicación complementaria: "Valparaíso, a causa de su diversidad, se presta a las más diversas evocaciones. Al genovés, le recuerda Génova; al catalán, Barcelona; al inglés, Londres; al andaluz, Málaga; al napolitano, Nápoles. Valparaíso es la suma de todos los puertos".

Antes de la construcción del Canal de Panamá, era punto de llegada y de partida, confluencia cosmopolita, cruce de mensajes para la aventura con una inagotable vertiente de motivaciones que dieron origen a la canción marinera internacional que todavía es posible escuchar en Marsella, en El Havre o en Hamburgo:

*Nous irons à Valparaíso,
good by farewell
buena suerte y adiós,
hardi les gars, adieux, Bordeaux,
oh!, oh!, oh!*

Un marino no se sentía logrado si no había conocido Valparaíso, el último puerto del mundo, anota Roberto Zegers de la Fuente en su libro sobre el pintor Juan Francisco González.

Los principales novelistas y poetas chilenos han tomado a Valparaíso como escenario para sus argumentos y para tejer esa mágica red que nos atrapa con las fibras invisibles de la sensibilidad y la imaginación.

Pero junto al color local de sus laberínticas calles y de sus cerros, y a todo aquello que le imprime sabor a la historia, hay un nuevo Valparaíso que trabaja y se esfuerza por incorporar los beneficios del progreso, con sus muelles mecanizados, sus diques modernos, sus empresas de exportación, su Escuela de Negocios, sus universidades en constante creación de energías educativas y profesionales, su activo comercio de vigorosas tradiciones; todo un paisaje de vida múltiple de sorprendente dinamismo.

Es una ciudad que aprisiona sentimentalmente con entrañables recuerdos a quienes hayan experimentado en ella particulares vivencias. En Concepción, desde hace años, se reúnen los miembros de un simbólico y entusiasta Consulado de Valparaíso, una vez al mes, para que la llama umbilical no sea apagada por la distancia y el tiempo.

Es ciudad de venerados filántropos: Carlos van Buren Vallejo, nacido en Copiapó, gastó su inmensa fortuna en obras sociales, entre otras, un hospital que lleva su nombre. Federico Santa María, rey de las finanzas en Europa, dejó un cuantioso legado para que fuera invertido en un centro universitario que aún mantiene su alto nivel.

El adjetivo "grande" pareciera inevitablemente ligado a sus catástrofes: grandes incendios; grandes crímenes dignos de haber sido novelados por Conan Doyle o Van Dine; grandes movimientos migratorios, como los de aquellos miles de chilenos que en el siglo pasado partieron hacia California como mineros y buscadores de oro. También ha sufrido grandes terremotos. El de 1906 sorprendió como visitante a Ramón del Valle Inclán, Marqués de Bradomín. De regreso en España, cada vez que el autor de las Sonatas se encontraba con un chileno, lo miraba con rencor.

A Valparaíso no solamente llegaron comerciantes, industriales, navieros, constructores y banqueros. También arribaron artistas como Rugendas y Somerscales, que perpetuaron en sus pinturas la epopeya del mar y de su gente; humanistas como Andrés Bello, que endosó generosamente su formación europea para estimular a las nacientes inquietudes culturales; poetas como Rubén

Darío, que encontró aquí la fuente inspiradora de su impulso renovador de la lírica castellana.

Alguien dijo que para ser universal hay que describir bien a su aldea. Lo hizo Salvador Reyes con libros que fueron "best sellers" en Europa: Valparaíso, port de nostalgie, traducido por Francis de Miomandre, ilustrado por Picard Le Doux, con dos ediciones de los prestigiosos sellos L'Arc en Ciel y Au Moulin de Pen Mur; L'Equipage de la nuit y Route de sang, con traducciones de Georges Pillement en Editions Bellemand, obras agotadas en Francia y verdaderas rarezas bibliográficas.

A causa de estos libros y de la vieja canción de los marinos, el famoso actor y cantante Jean Paul Belmondo vino a Chile en 1962 "casi exclusivamente por conocer Valparaíso", según declaró entonces.

El puerto continúa su ritmo de expansión, que será más intenso cuando se inicie la Era del Pacífico. Pero por todos aquellos que en el pasado remoto y cercano han contribuido con su aporte material o intelectual al desarrollo de Valparaíso, recorramos los senderos poéticos de Julio Flores para que, frente a un horizonte dormido y un mar taciturno, "las gaviotas entonen un aleluya de azul y viento".

TITO CASTILLO